

LOS SUEÑOS DE DORA DESDE LA TEORIA KLEINIANA *

HECTOR GARBARINO**

Con este pequeño trabajo queremos testimoniar nuestra admiración y rendir nuestro homenaje a la fecundidad clínica de la obra de Melanie Klein.

INTRODUCCION

Las reinterpretaciones de sueños, expuestas en la literatura psicoanalítica luego de un primer trabajo hecho por el propio analista en su momento, conllevan necesariamente grandes limitaciones y son pasibles de muchos errores. La situación es aun más comprometida cuando no se trata de completar la interpretación hecha por el analista, como es el caso de varios autores con respecto a los sueños de Freud, sino de entender el sueño según líneas teóricas diferentes. un antecedente célebre en este sentido es la reinterpretación del sueño de Irma por Lacan, (6) en la que aplicó su propia teoría.

Corriendo los mencionados riesgos, intentaremos reinterpretar los sueños de Dora aplicando los descubrimientos de Melanie Klein acerca de los estadios tempranos del complejo edípico.

-
- Leído en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en abril de 1983.
 -

** Este tema fue desarrollado en un seminario de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en 1982; actuaron como docentes, junto al autor, el Dr. Ricardo Bernardi y el Lic. Marcos Lijtenstein. Mucho debo a ellos, así como a los alumnos del seminario, por el intercambio de ideas, comentarios y sugerencias.

Sabemos que el análisis de Dora comenzó bajo malos auspicios. Había sido llevada al tratamiento por su padre, amigo de Freud, con la esperanza de que el análisis hiciera suspender los repetidos ataques de Dora al padre, debidos a sus relaciones amorosas con la Sra. K., y de que aquél pudiese así continuar esas relaciones con mayor tranquilidad.

Freud se encargó rápidamente de aventar las sospechas de Dora sobre un entendimiento previo con el padre; esto determinó que el análisis continuase en forma muy satisfactoria, con una paciente que aportaba un rico material y parecía tener muy buena disposición para el análisis.

No creemos que ese rico material sólo estuviese destinado a seducir al analista para luego castrarlo (abandonarlo); si tal fue efectivamente la situación final, pensamos que se debió sobre todo a errores en la conducción del tratamiento, a los que hace referencia el propio Freud; pero en un sentido diferente, nos parece, del que éste señala.

PRIMER SUEÑO

Habían transcurrido aproximadamente dos meses de tratamiento cuando sobrevino el primer sueño, relatado por Freud.

“En una casa hay un incendio —contó Dora—; mi padre está frente a mi cama y me despierta. Me visto con rapidez. Mamá pretende todavía salvar su alhajero, pero papá dice: ‘No quiero que yo y mis dos hijos nos quememos a causa de tu alhajero’. Descendemos de prisa por las escaleras y una vez afuera me despierto.”

Era un sueño que se había repetido varias veces. Por consiguiente, si volvía a producirse ahora, estando la paciente en análisis, era obvio que Dora buscaba, a través del entramado del sueño con la persona del analista, entender mociones pulsionales y deseos inconcientes que buscaban afanosamente exteriorizarse.

Freud no lo comprendió así en un primer momento. A pesar de que escribió “... en interés del tratamiento, era lícito tomar en cuenta la posibilidad de que este sueño se entretijera en la urdimbre del análisis”, estaba pensando en

profundizar la comprensión de los síntomas de Dora y de su historia, y no en la transferencia.

Es significativo que haya sido la propia Dora quien puso a Freud en el camino del análisis transferencial del sueño. Ello no debe extrañarnos, puesto que sabemos de la rapidez con que las histéricas expresan sus deseos inconcientes en relación con la persona del analista. Pero Freud todavía no se había percatado de la función esencial de la transferencia en el tratamiento psicoanalítico, de modo que transcurrió el primer día de análisis del sueño sin ninguna referencia a la situación transferencial. Freud creyó que la interpretación del sueño “era completa”, pero al día siguiente Dora aportó un “suplemento”; es decir, introdujo la transferencia.

Había olvidado contar, justamente, el elemento más comprometedor en cuanto a su relación con Freud.

“Tras haber vencido un particular esfuerzo de la represión”, pudo confesar que, tras el sueño (como había sucedido en las ocasiones anteriores, en que lo había soñado en L.), había sentido olor a humo. Freud inmediatamente lo relacionó con su persona, puesto que había dicho a la paciente, con motivo de sus resistencias a hablar de lo latente, oculto en lo manifiesto: “Donde hay humo, hay fuego”. Sin embargo, ante la vuelta de lo reprimido, aportada por ella misma, Dora no cejó en su resistencia: el Sr. **K.** y su padre eran también grandes fumadores y ella misma había fumado, justo antes de la declaración del Sr. K., un cigarrillo que el propio Sr. K. le había liado.

Freud insiste en la transferencia: “Un día se le ocurrió, probablemente durante la sesión, que desearía ser besada por mí”.

Este fragmento de sesión resulta a nuestro juicio de gran importancia, ya que aporta valiosos elementos para la comprensión del caso.

Freud estaba en la línea correcta al señalar a Dora su transferencia amorosa con el analista, pero cometió el error de no insistir en ella ante la resistencia de Dora a admitir su deseo sexual inconciente hacia Freud, (9) sin perjuicio de

haber aceptado explícitamente su importancia: "... probablemente pertenecía al pensamiento mejor reprimido y más oscuramente figurado en el sueño: la tentación de mostrarse complaciente con el hombre".

Freud no había reconocido aún la relevancia del vínculo erótico transferencial de las histéricas. (Una paciente histérica, en la entrevista en la que me solicitó tratamiento, cometió un lapsus revelador: "Desde hace tiempo deseaba acostarme, quiero decir, analizarme con usted", tras de lo cual quedó turbada y con intenso rubor).

Es significativo que algunos días después, analizando el catarro genital de Dora, refiera una acción sintomática de ésta: trajo una carterita portamonedas y jugó con ella en la sesión, abriéndola y cerrándola e introduciendo el dedo en ella. Freud la vincula exclusivamente a la masturbación; pero también asocia de inmediato el gesto de otra paciente, que llevó a la sesión una cajita de hueso, pretendió abrirla sin conseguirlo y se la extendió a Freud para que él la abriese. La cajita, dice Freud, es sin duda el genital femenino, que ella entrega a su analista en una manifestación simbólica del acto del coito.

Pensamos por consiguiente que Freud había percibido aquí, de manera inconciente, el deseo de Dora de mantener una relación sexual con él, ya que la acción sintomática de Dora no se refería sólo a la masturbación, sino fundamentalmente al coito, equiparando su dedo con el pene deseado del analista.

El sueño expresa fundamentalmente los deseos edípicos positivos. Dora busca reencontrar en su analista al padre amado y amante de la infancia e, infelizmente, Freud no la siguió en este punto. Dora lo expresa en el contenido manifiesto del sueño, mediante una alusión: "mi padre está frente a mi cama y me despierta".

Pero no se trata sólo del deseo de una relación sexual genital con el padre, sino también y principalmente de deseos orales. Allí están el humo y el cigarrillo para testimoniarlo. Freud se refirió tímidamente a ello al referirse al beso amoroso, pero se trataba sobre todo de un deseo de felacio.

Si el humo hacía referencia al fuego, es decir, a la excitación sexual de Dora con el padre infantil, revivida ahora en la transferencia, ¿qué otra cosa sino un deseo de felacio con Freud expresa Dora, cuando asocia que ella había fumado un cigarrillo-pene que previamente le había dado el Sr. K.? ¿No había ocurrido esto momentos antes de la declaración amorosa, estableciéndose así el enlace por contigüidad temporal?

Tampoco olvidemos la escena del beso de la tienda, a la que Freud hace referencia, beso que se había vuelto asqueroso por represión, pero que está indicando la fuerza pulsional de carácter oral. ¿Y no había sido Dora una “chupeteadora” en su infancia?

Freud no lo comprendió así porque interpretó el sueño como un sueño de advertencia y que, por consiguiente, estaría destinado a ser abandonado, como lo había sido por el Sr. K. Nos resulta sorprendente pensar que Freud haya interpretado este sueño como realización de un deseo preconciente del yo, como reacción frente al deseo infantil inconciente vinculado con el padre (“usted refrena su viejo amor por su padre a fin de protegerse de su amor por K.”) dado que su línea teórica en *“La Interpretación de los Sueños”* había consistido en que el sueño daba por cumplido un deseo inconciente infantil, al que se oponía el yo. Pensamos que el error de Freud fue pensar que Dora lo identificaba con el Sr. K., cuando en realidad lo identificaba con el padre amado de la infancia.

Con esto nos internamos en el complejo de Edipo temprano. Para Melanie Klein, los deseos orales de succión del pene del padre inician el Edipo femenino y ponen a la niña en el camino de la heterosexualidad, ya que al identificar boca y vagina, prepara a ésta para la incorporación del pene.

Junto con estos deseos orales existen deseos genitales: “... parece ser que los deseos genitales hacia el pene del padre, que se unen con los deseos orales, forman la raíz de los estadios tempranos del complejo de Edipo positivo de la niña...” (4)

Y junto con estos deseos edípicos positivos por el padre aparece claramente

en el sueño, así como en las asociaciones de Dora, el ataque envidioso al cuerpo de la madre (casa que se destruye por el incendio) y a sus genitales (el alhajero que la madre pretende salvar).

El alhajero contenía las alhajas regaladas por el padre y que a la madre le gustaban mucho; alusión evidente a los penes del padre y a los bebés contenidos en el interior de la madre.

El fuego significaba no sólo algo que ardía con Freud, representante del padre infantil, sino también por su opuesto, el agua, remitiendo, por consiguiente, a la orina. Dora utiliza, para sus ataques al cuerpo de la madre, su sadismo uretral: desea llenar el interior de la madre con orina ardiente, para quemarla y ahogarla, junto a los bebés y penes que contiene. No por casualidad Dora había sido una enurética en su infancia, con fantasías inconscientes similares a las que aparecen en el sueño.

Dora expresa en el sueño las fantasías destructivas hacia la madre, que acompañaba en su infancia, con la culpa consiguiente, a la masturbación y la enuresis.

Estas fantasías sobre el genital de la madre que contiene bebés y penes, constituyen una de las expresiones de la pareja combinada, padres combinados en coito permanente.

En este sentido, no se trataba sólo de la madre que procuraba salvar su alhajero, sino también, por una inversión, de Dora tratando de salvarse de su relación con la madre (alhajero). Para lo cual se aferraba también a la relación con el padre, que descende de prisa las escaleras con sus hijos y no hace nada por salvar el alhajero de su esposa.

De este modo, Dora se queda con el padre y realiza un coito con él (descender por subir las escaleras) y separa la pareja de los padres, lo cual constituye también un ataque envidioso a la escena primaria, con la consiguiente ansiedad persecutoria. Pensamos que la culpa y la persecución aparecen en relación con las fantasías de Dora sobre su padre actual (no sobre su padre infantil), a las que se refiere Freud en sus comentarios del sueño. Dora acusaba a su padre de haber contagiado de sífilis a su madre; a ello se

deberían los dolores del bajo vientre y el flujo genital de su madre. Con esto expresaba fantasías de coito sádico: el pene del padre, ahora peligroso y terrorífico, había contagiado a la madre y a ella misma, por vía hereditaria.

Las grandes disputas del padre y la madre, a las que alude Dora, encubrirían también fantasías de coito sádico. Pero la acusación al padre encubre una autoacusación: el sadismo del padre con la madre expresa su propio sadismo con la madre-alhajero, proyectado en el padre. En este sentido, el catarro genital de la madre sería una consecuencia de sus ataques sádico-anales, que habrían ensuciado los genitales maternos. Acusa al padre para aliviarse de la culpa con la madre. Sería esta ansiedad y la culpa persecutoria con la madre las que obstaculizarían el desarrollo de su Edipo positivo, y no tanto sus tendencias masculinas, las que tendrían, para Melanie Klein, un carácter secundario.

SEGUNDO SUEÑO

Pocas semanas después del primero, Dora tuvo el segundo sueño: “Ando paseando por una ciudad a la que no conozco, veo calles y plazas que me son extrañas. Después llego a una casa donde yo vivo, voy a mi habitación y hallo una carta de mi mamá tirada ahí. Escribe que, puesto que yo me he ido de casa sin conocimiento de los padres, ella no quiso escribirme que papá ha enfermado. “Ahora ha muerto y si tú quieres, puedes venir”. Entonces me encamino hacia la estación ferroviaria (Bahnhof) y pregunto unas cien veces: ¿Dónde está la estación? Todas las veces recibo esta respuesta: Cinco minutos. Veo después frente a mí un bosque denso, penetro en él y ahí pregunto a un hombre a quien encuentro. Me dice: Todavía dos horas y media. Me pide que lo deje acompañarme. Lo rechazo y marchó sola. Veo frente a mí la estación y no puedo alcanzarla. Ahí me sobreviene el sentimiento de angustia usual cuando uno en el sueño no puede seguir adelante. Después yo estoy en casa; entre tanto tengo que haber viajado, pero no sé nada de eso... Me llego a la portería y pregunto al portero por nuestra vivienda. La muchacha de servicio me abre y responde: La mamá y los otros ya están en el cementerio (Friedhof.”

Dora ya había tomado, algunos días antes, la resolución de interrumpir su análisis, cosa que comunicó a Freud tres días después del sueño.

Es sorprendente lo que va de un sueño al otro. Mientras en el primero había ardor pasional y esperanza de vida, en el segundo todo está perdido y sólo hay desolación y muerte. Sobre este particular, nuestro punto de vista se opone al de Freud, quien termina el historial con estas palabras: "Si el primer sueño dibujaba el apartamiento del hombre amado y el refugio en el padre, vale decir, la huída de la vida hacia la enfermedad, este segundo sueño anunciaba que se desasiría del padre y se recuperaría para la vida."

Esta conclusión corresponde al Freud de 1905, cuando todavía no había profundizado en la comprensión de la transferencia, principalmente en su relación con el complejo de Edipo. (2)

Si bien ya había percibido que su persona sustituía al padre de Dora, aún no había descubierto que en la transferencia se actualiza lo esencial del conflicto infantil, como afirmará en *"Más allá del principio del placer"*: (3) ". . . sobreviene (la transferencia) con una fidelidad no deseada y tiene siempre por contenido un fragmento de la vida sexual infantil, por consiguiente, del conflicto de Edipo y sus ramificaciones".

Algunos años después, seguramente Freud habría valorado de otro modo el primer sueño de Dora; no habría visto la regresión al padre infantil, que se opera en el sueño, como refugio en la enfermedad, sino como reactivación transferencial de un fragmento del Edipo positivo de Dora. Y, con respecto al segundo sueño, habría comprendido que, de lo que se trataba en realidad, era del Edipo negativo de Dora y de su afirmación en una posición masculina.

¿Cómo ver este sueño, teniendo en cuenta las posiciones de Melanie Klein y el complejo edípico temprano?

Entendemos que Dora no ha podido mantenerse en el Edipo positivo, en parte por errores de Freud en la conducción de la transferencia, pero también, como señala Melanie Klein, por el monto de su agresión, culpa y ansiedad con respecto a su madre.

En este sueño la agresividad se desplaza de la madre al padre. Es característica de los estadios tempranos las fluctuaciones rápidas, tanto con respecto a los objetos como en cuanto a las defensas.

Frente a los desastres que provocan sus impulsos destructivos — evidenciados con la escalofriante referencia al cementerio que cierra el sueño—, Dora recurre a defensas maníacas.

Freud ha señalado la importancia fundamental de los agregados posteriores al sueño. En uno de ellos aparece nítidamente la negación omnipotente de la culpa y la tristeza por el padre interno muerto: "... me voy, pero en modo alguno triste, a mi habitación". Y junto a esto la negación omnipotente de la dependencia del padre externo (Freud): "Me pide que lo deje acompañarme. Lo rechazo y marchó sola."

Se despedirá de Freud, como del Sr. K., con una bofetada. Cuenta Freud en el epílogo que Dora lo visitó 15 meses después de finalizado el tratamiento, con una neuralgia facial adquirida el mismo día en que leyó en el diario la noticia del nombramiento de Freud como profesor catedrático. Autocastigo y arrepentimiento, dice Freud, por el bofetón al Sr. K. y la transferencia negativa sobre él. Pero también identificación con culpa por el Freud dolorido y abofeteado con la ruptura. (8)

Freud señala la similitud en las palabras: Bahnhof (estación ferroviaria: literalmente. "patio de vías") y Friedhof (cementerio: "patio de paz"). Dora contiene en su interior, por consiguiente, objetos muertos: el padre y Freud, matados por ella, por lo cual su interior, "su vivienda", se ha convertido en un cementerio, que representa al mismo tiempo su sexo muerto para el hombre. (Recordemos que Dora, si bien se casó años después, fue frígida en su matrimonio y se quejaba con amargura de su vida matrimonial). (1)

La angustia básica de la niña, nos dice Melanie Klein, se debe al estado en que se encuentra su interior. Esta angustia aparece al final del sueño, en un momento en que fracasan las defensas maníacas, aunque la angustia por su sexo se insinúa antes, cuando pregunta unas cien veces: "¿A dónde está la

estación?”.

Dora ha rechazado a Freud, marcha sola y en seguida: “Veo frente a mí la estación y no puedo alcanzarla. Ahí me sobreviene el sentimiento de angustia usual cuando uno en el sueño no puede seguir adelante”. Dora se angustia porque comprende que sola, habiendo matado a Freud, no puede seguir adelante en la vida. Para ella su sexo, “la estación”, será inalcanzable y permanecerá siempre desconocido y extraño: “Ando paseando por una ciudad a la que no conozco, veo calles y plazas que me son extrañas”. El fracaso del tratamiento lleva al fracaso irremediable de su posición femenina.

Únicamente podrá tener hijos como la “Madonna”, la madre virgen. La fantasía del parto, nueve meses después de la escena del lago, en que había rechazado al Sr. K., la muestra teniendo un hijo como una virgen.

Y el sueño nos muestra, todavía, junto al fracaso de su sexo, su correlato: la posición masculina de Dora que según Melanie Klein, como es sabido, es secundaria al fracaso de la posición femenina.

En otro de los agregados posteriores al sueño, que Freud con razón considera como importante, dice: “En una de las plazas veo un monumento”. Ha instalado en su sexo desconocido, un gran falo. Ha robado el pene del padre y lo ha incorporado.

Dice Freud: “Ante todo veo que en esta primera parte del sueño ella se identifica con un hombre.” Como el ingeniero, que vaga en Alemania esperando desflorarla, ella deambula por la ciudad.

“Veo después frente a mí un bosque denso; penetro en él y ahí pregunto a un hombre a quien encuentro. Me dice: ‘Todavía dos horas y media’.” Renuncia a Freud (dos horas le quedaban de tratamiento) y se identifica con él.

Las dos horas remiten también a las dos horas ante el cuadro de la Madonna, que representa la contemplación narcisista de ella misma, pero también, nos parece, de la Sra. K. (sustituta de la madre). La contemplación de

la Madonna “en una ensoñación calma y admirada” nos recuerda la admiración enamorada, por “el cuerpo deliciosamente blanco”, de la Sra. K.

El bosque denso en el cual se veían ninfas representa los genitales de la Sra. K., que ella busca penetrar como un hombre. Ahora que el padre está muerto, la Sra. K. queda en disponibilidad para ella. ¿No la cita por carta en el sueño: “Ahora ha muerto y si tú quieres puedes venir”?

La homosexualidad de Dora persigue un fin reparatorio: con el pene robado al padre busca restaurar los genitales de la Sra. K. (madre), a los que ha dañado destruyendo sus bebés-penes. Pero fracasa también en su intención restauradora. En este sentido la estación que no puede alcanzar representa, a la vez que sus propios genitales, los de la Sra. K.; y la angustia es también la imposibilidad de reparar a la madre.

Los objetos muertos que contiene en su interior, así como el robo del pene del padre, a quien ha castrado con envidia, venganza y odio, no le permiten salir de las ansiedades y defensas de la posición esquizoparanoide. Sola e indiferente sube a su habitación, para allí leer un gran libro, que precisamente le había recomendado la Sra. K.

B1BLIOGRAFIA

- 1. DEUTSCH, F.** Una nota al pie de página al trabajo de Freud “*Análisis fragmentario de una histeria*”. Rev, de Psicoanálisis, Bs. As., T. XXVII, No. 3, 1970.
- 2. FREUD, S.** *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)*. Vol VII, Amorrortu Editores.
- 3. FREUD, S** .*Más allá del principio del placer*. Vol. XVIII, Amorrortu Editores.

4. **KLEIN, M.** *El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas.* Contribuciones al psicoanálisis, Bs. As., Edic. Horme.
5. **KLEIN M.** *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante.* Desarrollos en Psicoanálisis. Edic. Hormé.
6. **LACAN, J.** *Intervención sobre la transferencia. Lectura estructuralista de Freud.* Siglo XXI Editores.
7. **LAPLANCHE et PONTALIS.** *Vocabulaire de la Psychanalyse.* Presses Univ de France.
8. **MAYOR, R.** *L'histerie: Réve et lution.* Revue Française de Psychanalyse, 3, T. XXXVI.
9. **SCHIMMEL, Ilana.** *Réve et transfert dans "Dora"* Revue Française de Psychalyse, 3, T. XXXVII, Mai 1973.